
Zizek, Slavoj (2011). *¡Bienvenido a tiempos interesantes!* La paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Quizá el primer aspecto que habría que destacar de *¡Bienvenido a tiempos interesantes!* sea, precisamente, ajeno al propio texto. Pese a que existe una traducción en versión comercial, editada por la editorial Txalaparta (2012), la edición que hemos manejado fue cedida por el propio Zizek para ser debatida en su visita al tercer ciclo del seminario “Pensar el mundo desde Bolivia”, organizado por la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, que editó el texto de forma libre tanto en formato impreso como digital. No es para nada gratuito resaltar este hecho: el libro en sí mismo se plantea como herramienta de trabajo para “pensar el mundo” en los “tiempos interesantes” –tiempos de crisis– de los que nos habla el título. El “bienvenidos” interpela al lector, pero a diferencia de otros libros–herramienta con impacto en los movimientos sociales, como *Indignaos!* (2011) o *Comprometeos!* (2011) de Stéphane Hessel, no lo hace de forma exhortativa, imperativa. Más bien, Zizek nos hace una invitación: a seguir la pista a las huellas de las trampas que nos tiende la ideología.

Este aspecto se trabaja precisamente en el primero de los seis ensayos que forman el libro, “¡No apto para cardíacos!”. El autor señala que los Aparatos Ideológicos del Estado más clásicos están siendo redefinidos según el modelo del libre mercado. Las formas de asociación público–

privadas en la educación –haciendo referencia directa al Plan Bolonia– la gestión privada de las cárceles, los ejércitos no basados en el reclutamiento sino en la contratación de mercenarios, incluso el sistema electoral concebido como un intercambio comercial por medio del voto, ejemplifican el hecho de que la economía se está convirtiendo en el modelo ideológico por excelencia. Eso sí, un modelo que se concibe a sí mismo como naturalizado, como desideologizado, en el que se nos ofrecen las recetas de la austeridad no “como decisiones basadas en alternativas políticas, sino algo impuesto por una lógica económica neutral” (18), produciéndose, con todo ello, una “auto–borradura” (22) de lo ideológico en nuestra sociedad.

Es por ello que Zizek, siguiendo a Baidou, propone la desmitificación de elementos tan naturalizados en la ideología hegemónica como “la “ilusión democrática”, la aceptación de los mecanismos democráticos como marco final y definitivo de todo cambio” (22). En esta situación de precariedad, la figura del intelectual debe trascender a aquel que, siguiendo la lógica del deseo lacaniano, acomodado en su puesto académico, utiliza la revolución como objeto de deseo vacío, un querer pero no querer en el fondo algo que puede trastocar su seguridad: “Si alguna revolución se produce, debe hacerlo a una distancia segura: Cuba, Nicaragua, Venezuela... todo para que, mientras mi corazoncito se conmueve al pensar en esos acontecimientos en tierras lejanas, yo pueda seguir promoviendo mi carrera académica” (25).

Frente a esta postura, Žizek reclama la noción kantiana del “uso público de la razón”, atacada por la tendencia actual a subordinar el saber a una versión socialmente útil, entendiendo este fenómeno como socialmente útil para los intereses del Estado y del mercado: el “uso privado de la razón” –defendido, como hemos apuntado antes, por una reforma como la de Bolonia–. A diferencia de las revoluciones socialistas del siglo XX, donde “sabíamos lo que teníamos y queríamos hacer (establecer la dictadura del proletariado, etc.), pero debíamos esperar pacientemente el momento propicio de la oportunidad; hoy, en cambio, no sabemos qué hacer, pero debemos actuar ahora, porque la consecuencia de nuestro no-actuar podría ser catastrófica” (32). Precisamente por esto son gobiernos como los de Bolivia, Haití y Nepal los que se ponen de modelo: elegidos democráticamente, intentan ejercer el poder de una forma que Žizek denomina “no estatal”. En situación precaria, con todo el flujo de la historia en contra y sin “que ninguna llamada “tendencia objetiva” los impulse en la dirección “correcta”” (31), son pese a todo los lugares propicios para ensayar los “pasos hacia el abismo de lo Nuevo” (32)

Queda, pues, en este primer capítulo trazado el marco teórico en el que se va a mover nuestro autor. Los siguientes tienden, a su vez, a proponer análisis políticos y culturales moviéndose en estas coordenadas. En “Capitalismo con valores asiáticos... en Europa”, se resalta lo permeable que es la democracia parlamentaria representativa en occidente, fundamentada en la idea de “la manufactura del consentimiento” acuñada por Lippman, a las

lógicas del capitalismo autoritario propias de China. Es decir, la pasividad general de la ciudadanía en la democracia parlamentaria tal y como la entendemos, basada en su “consentimiento” a ser gobernada por una élite, la hace propicia a vivir en un estado de emergencia continuo, caldo de cultivo para la aplicación casi autoritaria de estas medidas económicas.

Bolivia vuelve a ser protagonista en “Tierra, pálida madre”, pero si hacemos caso a la prologuista Josefa Salmón, no sin polémica. Žizek carga contra los relatos ideológicos del ecologismo. Por un lado, el relato de la caída de una antropomórfica Madre naturaleza en manos de la Revolución industrial, y la voluntad de un retorno al estado primigenio imposible, según el autor, por la propia complejidad de los procesos naturales; por el otro, el “capitalismo ecologista”, que pretende una producción sostenible pero sin cuestionar su lógica de explotación. Ambos correrían el riesgo, según nuestro autor, “de convertirse en la forma de ideología dominante del nuevo siglo, un nuevo opio de las masas que reemplazará la religión en decadencia” (61). Žizek reclama, para enfrentarse a los problemas ecológicos del siglo XXI, una prudencia que impida el entregarse de forma paranoica a un relato que es en sí mismo ideológico.

“Una pasión por la no-libertad” analiza, por su parte, la “ideología de la elección” de la sociedad capitalista contemporánea, donde el problema ya no está tanto en la crítica clásica marxista por la que la libertad de opciones y de elección –desde el consumo de productos hasta el voto a determinado partido político– enmascaran una falta real de opciones para

cambiar las coordenadas fundamentales de la sociedad, sino en que nos falta realmente el conocimiento oportuno para tomar decisiones. El problema sería, según Zizek, que “sabemos demasiado y no sabemos qué hacer con esa masa de conocimiento inconsistente, no sabemos cómo subordinarlo a un Significante Maestro (79).

Los dos últimos capítulos del libro se centran, más específicamente, en el análisis cultural. “Hollywood hoy: reporte desde el frente de batalla ideológico” comienza planteando la ambigüedad que supone el gesto ideológico de “humanizar” la figura del soldado en las representaciones del conflicto israelí. Desde *Munich* de Spielberg, hasta el documental con pretensiones críticas *Tsahal* de Claude Lanzmann, pasando por los propios medios de comunicación israelíes, Zizek detecta un fenómeno similar: pretender mostrar el lado humano del soldado israelí, crear una “brecha entre la compleja realidad de la persona y el rol que tiene que desempeñar en contra de su verdadera naturaleza” (87). Aunque, obviamente, la pretensión de los medios de comunicación afines al gobierno sea completamente distinta a la de Lanzmann, se crea un efecto similar, de afinidad emocional con el soldado, que “sirve para ofuscar la cuestión central: la necesidad de un despiadado análisis político de nuestra praxis político-militar” (86). Este fenómeno no es ajeno a las superproducciones de Hollywood, en las que los superhéroes son trabajados cada vez con mayor profundidad psicológica. En *El caballero de la noche* de Christopher Nolan, el tratamiento humano del héroe lleva aparejado un gesto ideológicamente conservador: por proteger la

imagen del corrupto fiscal Harvey Dent, Batman intenta cargar con sus culpas, legitimando por tanto la mentira como garantizadora del orden social. Esta regresión ideológica también la detecta Zizek en las diferentes adaptaciones cinematográficas de la novela *Soy Leyenda* (1954) de Richard Matheson. Si en la novela el protagonista “era leyenda” al convertirse para los supervivientes infectados en un ser legendario, como un vampiro, es decir, un otro amenazante, el héroe de la última adaptación cinematográfica (2007) “es leyenda” por ser el salvador, identificado con Cristo, de los supervivientes congregados en una comunidad religiosa en Vermont.

Si este ensayo supone una crítica ideológica a la cultura hollywoodiense, por su parte, el último capítulo del libro pretende ser su complemento. “Notas hacia la definición de la cultura comunista” puede ser entendido como la propuesta del autor de un modelo de cultura revolucionario. A partir del relato de Kafka “Josefina la cantora, o el pueblo de los ratones”, Zizek desarrolla un concepto de cultura basado en la ceremonia como medio de autoafirmación colectiva. Los ratones del relato viven en una comunidad “Comunista” radicalmente igualitaria: Josefina no es venerada en tanto Ama o Genio carismática: su público sabe perfectamente que es solo una más del grupo (103). De hecho, ni siquiera le reconocen un talento artístico por encima de cualquier ratón, y se le niega la exención del trabajo. Se la considera artista únicamente por ocupar el lugar del artista, el escenario, y sus representaciones sirven más que como placer estético, como punto de anclaje de una comunidad. De este modo interpreta el

autor los grandes conciertos del grupo Rammstein. Pese a las similitudes que encuentra con las grandes “performances” totalitarias, percibe estas como “significantes vacíos”: “estas performances artísticas no solo no son inherentemente fascistas, sino que incluso no son ni siquiera “neutras”, es decir, susceptibles de ser apropiadas por la Izquierda o la Derecha. Fue el nazismo el que las expropió, luego de robarlas del movimiento obrero, lugar de su verdadero origen. Ninguno de los elementos “proto-fascistas” es fascista per se; lo que los hace fascistas es su articulación específica: [...] ha llegado el momento de que la Izquierda re(apro)pie la disciplina y el espíritu de sacrificio: no hay nada inherentemente fascista en estos valores” (106–107). Tras esta polémica afirmación, analiza en esta clave desde la novela *Chevengur* de Andrei Platonov, *Más que humano* de Theodore Sturgeon, hasta las películas *El hombre de la cámara* de Dziga Vertov y el clásico de Hollywood *Vidas cruzadas* de Altman.

El libro se cierra retomando la música como modelo. Frente a la música grandilocuente y pomposa que se propuso en la Unión Soviética, Žizek opone como netamente comunista “la claridad de un orden minimalista construido a partir de una delicada disciplina libremente impuesta” (116) de la música de Satie y Cage. Una música que pretende ser ruido de ambiente

(Satie) o un ruido de ambiente que pretende ser música (Cage), en la que el silencio y la duración se convierten en eje vertebrador de la atención del oyente, y por tanto, que permiten subvertir “la brecha que separa la figura del fondo; cuando realmente escuchamos a Satie, se “escucha el fondo”. Este es el comunismo igualitario en la música: música que redirige la atención del oyente del gran Tema hacia su fondo invisible, de la misma manera que la teoría y política comunistas redirigen nuestra atención de los grandes Héroes hacia el inmenso trabajo y sufrimiento de la gente común” (117).

Tenemos por tanto, en el libro, las herramientas de las que hablábamos al principio. Al ser un libro de batalla, por así decirlo, no ofrece, salvo quizá en el primer y último ensayo, un modelo o propuesta firme de acción. Pero precisamente por ello su riqueza se encuentra en su capacidad para polemizar, para abrir debates, para cuestionar las encarnaciones de la ideología con las que convivimos todos los días sin darnos apenas cuenta.

DOI: 10.7203/KAM.3.3751

SERGIO ROSA FERRERO
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA (ESPAÑA)